
CONSAGRACION A MARIA

PARA EL

DIA DE LA PRIMERA COMUNION

PLATICA TRADUCIDA DEL FRANCES

POR EL

EDITOR DEL SERMONARIO MEXICANO

*Qui perseveraverit usque in finem, his
salvus erit.*

El que perseverare hasta el fin será
salvo.

Math., IV, 13.

EN NOMBRE DEL PADRE, DEL HIJO Y DEL ESPIRITU SANTO, AMEN

Hijas mias muy amadas:

Está terminado el día más hermoso de vuestra niñez, día que habeis comenzado edificando á los fieles con vuestra modestia y recogimiento, y llenando de gozo á vuestros santos patronos; habeis contentado al Señor de todas las cosas con vuestra fe, con la firmeza de vuestra esperanza y con el fervor de vuestro amor. Es, por lo tanto, necesario que un día que ha comenzado de un modo tan agradable á Dios, termine haciéndoselo más aceptable.

SERMONARIO.—T. IV.—61.

Nada podreis hacer que sea tan grato al Señor del cielo y de la tierra, como consagraros por medio de un acto solemne á la Reina del cielo y de la tierra; nada será tan provechoso para vosotras como consagraros á su servicio, pues de este modo aseguraréis vuestra entrada en la region celestial. Si persevero en vuestro servicio, oh Virgen santa, dice San Alfonso, si sigo amándoos y sirviéndoos, aseguro mi salvacion.

Para afirmaros, hijas mias, en vuestro amor á María, meditemos un instante en las causas de nuestra inconstancia en servirla y en lo que debemos practicar para no dejarnos vencer por ella. ¡Oh Soberana del cielo, dad á mis palabras la dulzura de la miel para que pueda gustarlas con placer, y haced que se extiendan como el rocío en los campos para que produzcan abundantes frutos de piedad!—AVE MARIA.

Lo que más debeis temer, hijas mias, no es que María os abandone, sino que vosotras, mostrándoos ingratas, os alejeis de ella, y os aparteis, como dice la Santa Escritura, de sus alas protectoras.

¡Oh inconstancia del corazon humano! Saul comenzó bien, Salomon comenzó bien del mismo modo, y tambien Júdas y tambien Tertuliano; y sin embargo, todos acabaron mal. En el asunto de la salvacion, el fin est odo. Cier- to es, que un buen principio significa algo bueno; perseverar es dar un gran paso hácia la salud eterna; pero se necesita la continuidad en la perseverancia.

Muchos han sido los servidores de María que han comenzado afanosos entregándose á su servicio, pero como dice el Evangelio, pusieron la mano en el arado y luego miraron hácia atrás. Muchos ayunaban antes, pero se cansaron y dejaron de ayunar. Algunos comulgaban los dias de fiesta con angélica piedad que ahora no comulgan ya. Otros rezaban el santo rosario y ahora ni siquiera se acuerdan de esto. Finalmente, muchos que formaban parte de la Asociacion de las hijas de María se retiraron de ella.

¡Ay! el mundo es teatro en el que se mudan las decoraciones por momentos; es un torrente que cae en un rio caudaloso que no se detiene en su marcha. Si nos pegamos al mundo, fuerza es que nos arrastre. Ved aquí la causa de que dejemos de servir á María. Cier- to es que en todas nuestras aficciones ocurrimos á ella. El enfermo la invoca para que le vuelva la salud, el marino la implo- ra para escapar del naufragio, el criminal apela á su proteccion para que el juez sea menos severo; el pobre le pide el consuelo en su miseria; pero una vez pasado el pe- ligro, el fervor pasa, cesa la aficcion y la devocion con ella.

La causa de esto, hijas mias, es nuestro apego á los bienes de la tierra. Debemos agregar á esa causa general nuestro abandono.

Hay infinidad de personas que desean realmente salvar su alma, pero con la condicion de que no les costará ningun trabajo. No les repugna ser devotos de María; les halaga la esperanza de entrar en el cielo en cambio de formar parte de una Congregacion consagrada á la Virgen; pero cuando se ven obligadas á sujetarse á ciertas restricciones, y á moderar sus gustos é inclinaciones mundanas, se hastían y caen en el desaliento. ¡Qué fastidiosos son estos ejercicios de piedad! exclaman, ¡cuánto torturan tan continuas confesiones! ciertamente podemos salvarnos sin pertenecer á estas asociaciones.

No sostendré, hermanas mias, que para salvarse es forzoso pertenecer á una asociacion, pero sí os recordaré que muchas veces por no practicar una devocion que no es obligatoria, se hace á un lado la que nos obliga, caminando pausadamente á nuestra perdicion.

La tercera causa de nuestra inconstancia para con la Santísima Virgen se debe á los esfuerzos de Lucifer.

María fué el instrumento de nuestra salvacion; por ella, dice San Bernardo, se ve lleno el cielo de almas piadosas y escaso el infierno; ella fué la que salvó al mundo. Gracias á su mediacion se derraman en él las bondades

divinas, alejando de nosotros el fuego de la concupiscencia y conservando vivo en nuestras almas el germen de la piedad y la savia de la virtud. No debe admirarnos que impulsados por su odio venenoso se esfuerce el dragon infernal por destruir nuestra devoción á la Santísima Virgen; pero lejos de que sucumbais á sus esfuerzos, debéis luchar para resistirlos perseverando en vuestra saludable devoción, porque el que persevera hasta el fin, será salvo: *Qui perseveravit, etc.*

En efecto, hijas mías muy amadas, consagrándoos por completo al servicio de María, hareis vanos los esfuerzos del demonio, sereis superiores á sus tentativas y destruireis sus planes de perdición. Consagraos, pues, á María y jamás sereis esclavas del demonio en este mundo, ni sus víctimas en el otro.

Sed fieles á María por gratitud, pues en vuestra fidelidad hallaréis la tranquilidad de espíritu y la paz del corazón, la fuerza de ánimo y el reposo de vuestra conciencia; sed fieles á las promesas que habeis hecho en vuestra primera comunión. ¿Qué será de vosotras si faltais á ellas? Vagareis como ovejas perdidas en el desierto, sin encontrar el pasto de la vida que debe sustentaros, y caminaréis sedientas, sin poder apagar la sed en un cristalino arroyo; ningun árbol protector os ofrecerá su sombra, ni un recodo os servirá de guarida contra el furor del aquilon. Entonces ¡ay! sereis presa del lobo infernal que os devorará. Acercaos á la divina pastora y no os alejeis del celestial aprisco. Sed fieles á María, hijas mías, ved que el tiempo corre veloz y la eternidad es muy larga; ved que la muerte ha de venir, que nos aguarda un juicio tremendo y que el infierno es terrible.

¡Oh Virgen Santísima, madre de bondad, de dulzura y de clemencia! yo te recomiendo á estas hijas tuyas que acaban de consagrarse voluntariamente; no permitas que se separen de ti; hazles comprender cuanto les importa seguirte y serte fieles; cúbre las bajo tu régio manto para que sean siempre tus hijas. Si tropiezan, tiéndelas tus divi-

nas manos; si se descarrían, llámalas. Si luchan contra las enfermedades de la carne, los males del siglo y las maquinaciones del espíritu de las tinieblas, ampáralas. Si son débiles, dales fortaleza; si naufragan, sálvalas y si estan enfermas, cúralas; y cuando llegue su último momento, recibe sus almas en tus manos misericordiosas y preséntalas á tu Hijo en el templo de la vida eterna.

Para terminar os pondré un ejemplo que os convencerá de la necesidad que tenemos de recurrir á María y perseverar hasta el fin para alcanzar la salvacion.

Cuenta el Illmo. Sr. obispo de Verdun que en un viaje que hizo á Roma fué testigo de un espectáculo conmovedor. Dos artesanos, dice, se querellaron en una taberna: se exaltaron, y uno de ellos tomó un cuchillo y se echó sobre su contrario, que huyó; pero perseguido y acosado, vió á su paso una estatua de la Santísima Virgen, se abrazó de ella y dijo á su perseguidor: “¿Te atreverás á herirme estando bajo el amparo de nuestra Madre?” Y el que le perseguía tiró el cuchillo y entró en calma. ¡Cuán grande era la fe del que se abrazó de la Santísima Virgen y cuán grande fué la protección que mereció! (1)

Cuando el enemigo irreconciliable del género humano, se presente furioso para apoderarse de vuestra alma y arrojarla al profundo abismo del pecado mortal, para destruir así los frutos de vuestra primera comunión, invocad á María, vuestro refugio, y decid á Satanás: “Aléjate, monstruo infernal; ¿te atreverás acaso á herirme bajo el amparo de mi Madre?” Y el demonio huirá, no lo dudeis.

Hijas mías, si observais esta práctica, Jesús, que en este dia ha reposado un instante en vuestro corazón como en su trono, seguirá morando en él por los siglos de los siglos y entonces será cuando se efectúe la eterna comunión que os deseo.—AMEN.

(1) Revista Católica, del 15 de Junio de 1842.